

Piones

Juan Carlos Fernández

www.juancfernandezescritor.es



Suelen enajenarnos a quienes intentamos cuidar siquiera mínimamente el lenguaje escrito las barbaridades que algunos rotulan sobre las paredes, y no siempre por la tontería que pueda aparecer pintarrajeada, sino por la pésima ortografía con que se perpetra el intento de comunicación mural. No hay nada nuevo bajo el sol, ya saben. Fíjense que el bueno de Galdós, en su *Fortunata y Jacinta*, clamaba por la creación de un "empleo de vigilar los rótulos". Más bizarro aún, un lingüista que transitaba por una de las novelas de Kadaré se horrorizaba ante las faltas de ortografía de las pintadas en las paredes de la revolucionaria Tirana, aunque buena parte de aquellas se debían a los impactos de las balas en los muros, que destruían parcialmente las palabras. Empero, el esforzado filólogo pensaba que "la degradación de la lengua [era] el más siniestro fenómeno que podía darse en el mundo". El personaje novelesco consideraba, con clarividencia, que el siguiente escalón en la clasificación de lo dañino lo ocupaba la lucha de clases.

A los desahogos y filosofías de andar por casa les han sucedido en los muros (o en los vagones del tren, qué chulos) dibujos y garabatos, algunos curiosos, otros lisa y llanamente bazofia, a los que se ha dado en llamar graffitis (así escrito, según la Real Academia Española). Debe ser que las paredes encaladas ejercen una irrefrenable atracción sobre quienes se sienten incapaces de plasmar algo sobre un simple papel. Corrido el tiempo, las llamadas nuevas tecnologías han ofrecido herramientas impagables para los amigos del trazo grueso. Bien dice el periodista Carlos Alsina que los mensajes de móviles que aparecen en algunos programas de televisión son los sustitutos de las puertas de los urinarios públicos, en las que se plasman obscenidades y sandeces de todo tipo.

Ahora, en el mundo de las llamadas redes sociales, invento que determina la existencia de alguien según pertenezca o no a ellas, el espontáneo (u organizado) individuo tiene a su disposición utilísimos medios para hacerse notar. Con denuedo, nos hacen saber si han ido a verter aguas mayores o menores. O si han tomado una copa de vino con unas aceitunas. O nos mandan una foto chulísima de su estancia en la playa. No todos se dedican a esto, claro; los hay que emplean estos recursos en cosas productivas, pero esos ejemplares no son objeto de nuestra atención.

Hay un espécimen al que han venido de perlas estos instrumentos: el forjador de insultos. Algunos los elaboran como arabescos, otros los expelen simples pero contundentes como un martillo. Podemos pensar en el insultador como un individuo de poca significación, como un *pocacosa* que, a falta de mejores virtudes, se dedica a denigrar, preferentemente desde el anonimato, para sentirse alguien. Y, desde luego, lo hacen muchos sin cuidar ni estética ni ortografía, olvidando que el denuedo se convierte en arte cuando se hace desde la inteligencia, tomando la forma de ironía o sarcasmo. Pues bien, pacientes lectores, a la caterva de usuarios de los tuits, piones para que se nos entienda, se han sumado en tropel los políticos de todo pelaje, que se esfuerzan en transmitirnos, en 140 caracteres, creo, aquello que les interesa. Nada hay que objetar. Cada cual se exprese como quiera. Pero cuando un representante público utiliza ese pejuquera medio para decir barbaridades, lo haga antes o después de haber accedido a algún cargo representativo, se delata como impresentable. Alguno de esos sostiene que procedería poner una bomba a quienes van a los toros; otro calcula con desparpajo cuántos judíos cabrían en un cenicero. No sigo, porque el espacio es limitado y los ejemplos abundantes. En fin, no puede haber lugar para la atrocidad, por mucho que se camufle como broma alguna monumental metedura de pata. Sobre todo si los que perpetran esos mensajes se nos presentan como la quintaesencia de la democracia y ejemplo de lo que un político debe ser. Algunos, relapsos, persisten en el empeño. Más que piar, graznan. Qué quieren que les diga, son un tostón indigerible. Algunos urinarios, con sus obscenidades y monigotes en sus puertas, hieden menos. ¿No?